

— Debe decirsele que busque un buen abogado — añadió Claudio.

— ¿Qué oigo? — esto equivale á decirnos que busquemos nosotros un buen verdugo.

— Casi, casi, me alegro de todo cuanto ha pasado por asistir á una causa tan célebre.

— Ya escampa — observó Narciso.

— Y casi, casi, por amor al arte, debía darle yo esta noche misma consejos con relación á su defensa y asesorarla con respecto del abogado que debía escoger para su defensa. Yo soy, antes que todo, un jurisconsulto. Gústame á mí sobre todo la materia jurídica. Y no veo ahora tanto en Mesalina la esposa que me acaba de faltar á mí con tantos y tan diversos amadores, como la triste requerida en altísimo tribunal bajo una horrible acusación de adulterio, y de adulterio reincidente. Si la viera yo á solas esta noche misma un rato, daríale consejo sobre la persona que debe para su valedor escoger entre los jueces; sobre la noble actitud que debe presentar á los ojos de una muchedumbre aviesa, y nerviosa por ver una víctima tan alta; sobre los medios conducentes de manera más fácil á su defensa. Debo yo mismo aconsejarla y dirigirla. ¿No soy su Emperador, además de su marido? Y además de su Emperador y su marido, ¿no soy su juez? ¿Puede uno tener tantas relaciones por tanto tiempo y tantos vínculos con una mujer y dejarla, en trance como este, abandonada?

— El cuitado nos perderá — exclamó Narciso al oír todo aquello. — Tras los trozos de carne y los jarros de vino que se ha echado entre pecho y espalda, siente la sangre voluptuosa hirviendo en las venas, y es capaz de pasar esta noche con su mujer otra nueva noche de novios. No será, no, en mis días. Acabemos ya. Seamos emperador omnipotente y esposo agraviado en lugar de Claudio, que no sabe serlo.

Así es que se levantó del purpúreo lecho Narciso; corrió á la puerta con precipitación; llegóse hasta el atrio de la casa cesárea; y encontrando allí un tribuno militar junto con varios soldados, en voz alta y con gesto imperioso les dió la orden de que se personaran en los huertos de Lúculo y matasen á la emperatriz Mesalina sin piedad y sin tardanza.

Los jardines de Lúculo servían á Mesalina de refugio. Había-

los codiciado con codicia insana toda su vida, y apareciáansele á manera de campos fúnebres, donde la infeliz erraba, cual un alma en pena, por los confines de la muerte. Brusco, brusquísimo el contraste manifiesto entre sitio como aquél, de verdaderas delicias, y ánimo como su ánimo, de terribles agonías. Epicúreo Lúculo, en la decadencia del mundo antiguo iniciada por la tiranía, llevó sus refinamientos de gusto en mesa y habitación donde los llevara el despotismo asiático. Las cenas suyas y los jardines suyos maravillaban á todos; y el renombre adquirido por estas maravillas trascendía mucho, así á las artes como á la historia. Nada tan recargado cual sus verjeles. En el mirto había tallados cuadros vegetales, representando, así efigies y simulacros de olímpicos dioses, como efigies y simulacros de viles bestias. Teatros al aire libre con maravillosas decoraciones compuestas por los ramajes y por los ramilletes aguardaban farsas y comedias campestres. Discurrían, serpenteando por doquier, los arroyos, compuestos con las claras aguas que los cercanos Apeninos prestan á la Ciudad Eterna, las cuales aguas, límpidas en su fluor y melodiosas en su curso, desaguaban en estanques parecidos á grandiosos espejos argénteos. Guirnaldas, en que los más varios matices de las más brillantes corolas se juntaban en suaves iris, tendíanse por los deliciosos bordes, así de lagos como de arroyos, ofreciendo indecibles encantos al olfato y á la vista. Rosas otoñales de Chipre y Alejandría, jacinchos de Sicilia, violetas de Mantua, galanes de noche bordaban todos aquellos follajes. El acanto con sus hojas estriadas componía por las paredes y por los suelos alfombras y tapices. Alamedas formadas por toda clase de árboles abríanse en todas direcciones, interrumpidas por pajareras multicolores, albergue de pintadas y canoras aves. Los álamos, que subían al cielo, sustentaban sobre sus copas la hiedra y la parra, que los abrazaban, aquélla con sus ramos lucientes y ésta con sus pámpanos teñidos por el otoño de suaves graduadas tintas. Por las colinas, cortadas en maravillosos escalones parecidos á tiestos, campeaba una flora tan oriental, que los creeríais en las orillas del Tíber traslado y trasunto de los erigidos y plantados por Semíramis en las orillas del Éufrates. De vez en cuando las obras arquitectónicas cooperaban á una, con sus líneas y con sus moles, á variar las innumerables vistas presentadas por

aquellos elíseos campos. Ménsulas de jaspe y pórfido en medio de las florestas; bancos de mármol en los verdes parrales; columnas de alabastro entre las copudas hojas; relieves cincelados por finos buriles sobre cuadros de obscuro mirto; estatuas representando las divinidades propias de la florescencia y de la fructificación añadían encantos con sus cortes geométricos á la vegetación. En las grutas, que, por lo bien dispuestas, creeríanse naturales, ordenábase todo al fin capital del goce y del recreo, cerniéndose con tal arte la luz diurna y murmurando con tal música las aguas corrientes, que veíase ninfas innumerables con entornar los ojos un tanto, y con abrir los oídos recogáis en ellos idilios de Teócrito y de Virgilio. Por unos y otros lados de las grutas extiéndense laberintos confusos, formados por verdes laureles, ofreciendo miles de revueltas y pres-tándose á juegos de sabrosos escondites. Á la vuelta de tal encrucijada se topa con amplia pradera toda cubierta de florecillas, á cual más diminuta y al par más oliente, donde se puede correr al sol y al aire libres, en tanto que, á la vuelta de cualquier otra encrucijada, murmura susurrante y ofrece obscuridad y sombras un tan copudo y entrelazado bosque gratisimo que puede ofreceros en días plenos verdaderas noches para el descanso de las siestas. Los juegos de aguas claras alternan caprichosamente con los arreglos de árboles y flores, lanzando chorros á las alturas, que luego caen resonantes é impetuosos en cascadas para serpentear á manera de arroyos sobre las pintadas y lustrosas guijas. Bajo sauces llorones que sugieren dulce melancolía, sobre planteles de violetas que huelen á gloria, el arte hidráulico romano ponía órganos compuestos por caños y surtidores concertando una extraña música. Pocas delicias comparables á las fuentes brotando en cuevas frescas formadas por caracoles y madreperlas en lo profundo, y á los miradores en lo alto, desde cuyas ventanas se columbran las líneas majestuosas de la campiña tan sublime y las cumbres violáceas del celeste Soractes coronadas por nieves eternas y esplendentes á los toques del cielo y del sol meridionales. Y en aquella estación los higos destilaban mieles olorosas, los racimos relucían so los pámpanos, comenzaba el purpureo de las naranjas, caían sobre la tierra de sus zurriones las almendras, el manzano se doblaba rendido bajo el peso de las multicolores pomos, olían á mosto los lagares y al áureo

aceite las almaceras, mientras los címbalos y los tambores y los hierrecillos y los flautines y los panderos de las bacantes henchían los aires de múltiples y voluptuosas armonías entre la exuberancia de vida proveniente del espíritu embriagador que prestan al otoño, esa estación de las cosechas, sus regocijadas vendimias.

Pues en aquel océano de savia; en aquella orgía de colores; entre bandadas de aves que regocijaban los aires; junto á ramos de gayas florestas; cuando los aromas excesivos trastornaban el seso á todos de alegría y el regocijo bacanal remontaba desde las viñas á los cielos; en aquella continua invitación al gozo y al placer, Mesalina se apercibía y aparejaba tristemente á la muerte, no con esa conformidad sublime de las almas grandes que descubren un ocaso natural en el morir, con la resistencia de quien ama la vida para divertirla y dispendiarla en el vicio. Las liras de las músicas aves, el concierto de las corrientes aguas, los espectáculos de aquellos paisajes que se descubrían por doquier á cada paso, los efluvios despedidos por tantas frutas maduras á los besos del sol generador, los picores y excitaciones que dan tantos aromas, derramaban por sus venas el calor de vida nueva y el deseo de vivir, cuando recelaba la cuitadísima de topar con el esbirro inmolador y de ver la muerte abriendo á sus ojos las tristes alas de murciélago, en que nos transporta calladamente á las espesísimas tinieblas y á los profundos abismos, de donde nunca jamás vuelven los infelices mortales. Mesalina se revolvía en la inmensa floresta como la tigre prisionera en la jaula. Sus ojos volvíanse y revolvíanse á todas partes en busca de un seguro contra las amenazas que sobre su cabeza, en aquel trágico momento, se amontonaban y cernían. Golpeábase con redoblados golpes la frente, como queriendo sacarle con esfuerzo y violencia un recurso capaz de librar su vida. De vez en cuando invocaba las divinidades protectoras suyas en asaltos de religiosos deliquios; y si creía que no la escuchaban, revolvíase á las divinidades infernales para que le prestaran algún poder sobrenatural y la sacaran de su amargo trance. Hasta la magia empleó en busca de sortilegios bastantes á petrificar sus enemigos y darle aquel milagroso poder, ejercitado un tiempo, sobre los sentidos de todos con tan extraño imperio. Poco antes del momento fatal, que aparejaban los sayones de Narciso, como hubiese pasado algún tiempo entre la

llegada de Claudio y las temidas disposiciones, creyóse completamente salva, indemne, redimida por olvidada. Aunque á cada instante iban llegándole nuevas de amigos inmolados en la misma tarde aquella en que había caído á los pies de Claudio y chocado con las repulsas de Narciso, todavía confiaba en el estúpido amor de su imbécil esposo. Una tras otra le llegaron en espacio brevísimo las siniestras noticias del descabezamiento y muerte de los numerosos amigos inmolados por sus atrevimientos en aquella hora de venganza, y no sintió emoción alguna en su corazón, endurecido por el terror y embargado por su propio instinto de conservación. En las épocas de guerras civiles y exterminios sociales, todas las criaturas humanas pierden sus mejores sentimientos y, encerradas en el peculiar egoísmo propio, descuidan y olvidan á los demás mortales, despojándose de aquellos afectos de compasión y caridad en cuyo fondo late siempre la fundamental unidad humana. Mesalina, en su naufragio, no se paraba, no, á ver quién moría por sus dos lados y se ahogaba. Ni siquiera la muerte de aquel Silio tan querido movió su sentimiento, embargado en la propia defensa. ¡Con cuál envidia miraba la emperatriz los campesinos y los jardineros confundidos casi con las bestias, pero preservados por su triste humilde condición de las desgracias que probaban sus fuerzas en aquel supremo instante y la tenían colgada como de un cabello sobre la eternidad, en cuyos abismos insondables no se atrevía su mirada triste á penetrar entre los escalofríos de su agonía, tanto más terrible cuanto que le asaltaba en toda su plena salud y robustez! ¿Por qué no cambiarla con cualquier ser seguro de vivir, con las aves nocturnas escondidas en los huecos de las obscurísimas grutas, con las imperceptibles hormigas del suelo, con los peces olvidados en el seno de las aguas? ¿Á qué recordarla? Diéranle una isla, siquier fuese aquella Pandataria tan triste, donde Augusto desterró á su Julia, y seguramente viviría feliz, siquier sola, entre la mar y el cielo, como una gaviota sobre su escollo solitario.

Estas y otras ideas rodaban por la cabeza de Mesalina, en los desvaríos de su imaginación, ya sobrecogida por una especie de demencia, y en los arrebatos á todo el ser suyo impresos por los estremecimientos del miedo. Mientras no se vieron la emperatriz y el emperador, todos creían en el imperio ejercido por la graciosa

y sensual mujer sobre la flaca complexión y la muelle voluntad del esposo. Pero en cuanto resistió éste con tanta fuerza los halagos de aquélla, en cuyos brazos rendidos yaciera por tan largo tiempo, y asaz de esto entregó en defensa de sí propio el mando á Narciso, vióse con claridad cómo una fulminante sentencia hería la cabeza de Mesalina, condenada por fin á irremisible muerte. Todos aquellos que caen de muy alto se aturden, si no mueren al golpe; y la emperatriz se aturdió en tales términos, que no comprendía su desgracia, y al aturdimiento entumeciéronsele la voluntad y la inteligencia. Por eso no veía que, mientras le acompañaran muchas gentes desde su casa regia del Palatino á la vía de Ostia, nadie fué osado á seguirla y acompañarla desde la vía de Ostia, donde recibió la notificación de su desgracia irremediable, al huerto de Lúculo, refugio postrero de su agonizante vida. Ni una litera encontró al regreso. Los esclavos, que la condujeran en guisa de diosa, y los cortesanos, que la siguieran como en procesión, huyeron cual banda numerosa de aves tímidas que columbran en las alturas al milano, cuyos ojos relampaguean odios y cuyas garras buscan presa. En semejante abandono la cuitada no encontró quien la llevase al asilo designado en los horrores del naufragio. Un carro de basura que pasaba, se detuvo al ruego suyo y la transportó, como pudiera con cualquier espuerta ó serón de inmundicias, al sitio de su agonía, con menos ceremonia que gasta un mataraz conduciendo el carro de la carne recién muerta desde las losas del matadero á los depósitos de la carnicería. Varias esclavas únicamente acorrían y acompañaban á la moribunda. Á estos humildísimos seres, como un desquite por la igualdad tomado contra quien la desconoce, habíanse huído afectos no usuales en las altas clases nobles á la sazón corrompidísimas, afectos de fidelidad y gratitud muy raros en la Roma envilecida por el despotismo y acobardada por el terror. Con ellas departía en estos momentos de angustia última, y en ellas libraba sus últimas confianzas. Las pobres no se forjaban las ilusiones que su ama y veíanla ya muerta. Cada vez que sonaba un paso creían llegada la sentencia definitiva y sonado el minuto de la suprema ejecución. Pero Mesalina, en su desvarío, imaginaba el manto imperial pegado á su cuerpo como la piel, en términos de no poder nadie arrancárselo, y su vida mezclada en tal modo con la de

Claudio, que nadie llegaría en el mundo á separarlos: consuelos dados inconscientemente por la fortuna en ciertos instantes supremos á sus víctimas, cual suele ofrecerlos por su parte á sus enfermos la implacable Naturaleza.

— No puede ser, no — gritaba.

— ¿Qué no puede ser? — le preguntaban sus siervas.

— Que Claudio disponga mi muerte.

— ¡Oigante los dioses! — exclamaban las infelices en su desesperación de los remedios humanos.

— Muy dado á pleitos y causas, no ha de condenarme sin oirme; y como me oiga, se ablanda y entrega.

— No quiero desesperarte — le dijo una de las siervas; — pero acuérdate de cómo no impera Claudio sobre Roma, sino, sobre Claudio, Narciso.

Un estremecimiento casi epiléptico sacudió el cuerpo de la emperatriz á este recuerdo.

Así, crispáronsele ambas manos; resolló el pecho como si la pena lo despedazara; saltáronsele casi de las órbitas los ojos aterrados; la garganta despidió un suspiro análogo al estertor de la muerte, y tuvo que agarrarse á su confidente para no caerse. Pero tal estado pasó como un vértigo. Flexible, muy flexible su naturaleza, bien pronto se repuso de tamaña sacudida y volvió á contraer la ciega locura de las desmedidas esperanzas. En tal estado, exacerbadísimo por la horrible agitación que la sobrecogía, daba por el jardín vueltas con aire tan imperioso como en la procesión de su triunfo; gesticulaba cual en los días que iba de verdadera emperatriz, puesta en guisa ídolo sobre los almohadones litúrgicos de su litera imperial; hacía numerosos ademanes de mando con aire natural de majestad no prestada, y sacudía la cabeza como para despedir cuantas ideas pudieran sugerirle de miedo las amenazas que revoloteaban, en guisa de aves rapaces, sobre su persona, completamente desvariada y enloquecida en aquellos instantes supremos á los impulsos del terror, mal conjurado por su imperiosa voluntad y por sus intensísimas fuerzas.

— ¡Ah de mis guardias! — gritaba en su delirio. — Yo soy la emperatriz. Yo he ocupado el tálamo y el trono de los césares. Quien me obedece, prospera. Quien á mi voluntad se resiste, muere. Los

dioses tiemblan si yo les miro airada. Como que yo tengo los soldados, poderosísimos sobre todas las divinidades juntas. Nadie sabe dónde irá el rayo; mientras que á mi mano, á mi voz no más, muévense tanto las espadas del pretoriano como los puñales del espía. Comparto el sacerdocio de Claudio y soy, como él, pontífice. Por tanto, sacerdotes de Roma, corred en auxilio de quien puede perderos ó salvaros con cualquier fórmula litúrgica. Augures, abrid las entrañas de las víctimas y comunicadle, después de haber contado sus palpitaciones, al Emperador, cómo no podrá perdurar en el poder imperial sino junto á su emperatriz. Que se reuna el Senado para conocer de sus demandas á Claudio. Que los prefectos del pretorio me acompañen cual me acompañaban por la vía Sacra en tantas procesiones donde yo aparecía hermosa como Cleopatra y soberbia como Livia. Obedecedme, ó de lo contrario, apercibíos á morir. Las cabezas de innumerables enemigos han rodado á mis plantas. Yo tengo tantas muertes hechas en la corte como cualquier general en las batallas, y no me desposeerán del amor de Claudio, quien reconoce haber en mis brazos únicamente saciado alguna vez la sed sensual de goces brutales diseminada por todas las fibras de sus ardientes carnes. Y cuando á la fuente me miro, todavía me hallo tan hermosa que no se apartará de su mujer quien ha dispuesto de su hermosura en primer término; y cuando recuerdo lo sucedido en otras ocasiones, creo que Claudio escuchará siempre y obedecerá rendido á su esposa. Dadme, siervas, tablilla de blanca cera y mi estilo más ateniense, pues redactaré rescriptos para entregados al César, decretos para entregados al pretorio, cánones para entregados al Pontífice, que me aseguren el dominio de Roma, la cual ha vivido harto tiempo bajo mis pies para erguirse ahora de pronto y segarme la cabeza.

Y Mesalina repartía las órdenes, que iba febrilmente redactando, entre las siervas y los emisarios, como si aún tronara en las altas cumbres del Estado y aún dispusiera de las fuerzas públicas. Los enviados, penetradísimos de la desesperada situación en que la suicida señora del mundo se hallaba, no querían disgustarla con adversas noticias y le prestaban por piedad todo el acatamiento prestado en sus mejores días por fuerza, yendo á complacerla sin decirle que se hallaba prisionera y que aquel jardín tan deleitoso

habíase trocado en una triste cárcel. Efectivamente, Narciso había puesto como un asedio al espacio donde se refugiara su víctima. Por los setos que lo circundaban veíanse grupos de soldados, con las armas requeridas y dispuestas, como en cualquier campamento. Á las puertas grandes y chicas, vagaban las sombras de los esbirros, con el puñal á la cintura, esperando la hora de aquella inmolación y sacrificio en guisa de tigres al husmear frescas carnes y caliente sangre. Todos los libertos, interesados en la suerte de aquel primer ministro y enemigos de cuantos enemigos tuviera Claudio en Roma, celaban, dentro ya del jardín, las encrucijadas, con tal celo y recato que parecían seres invisibles puestos allí, como un gran misterio, y hechos unas verdaderas sombras, según el sigilo y el silencio con que cumplían, hurtando el cuerpo entre los árboles y el follaje, las extrañas consignas. Situación verdaderamente lamentable la de aquella mujer, que se había rebujado, como bajo una colcha, bajo el manto imperial, para saciar todos sus apetitos, así como para ejercer todas sus ambiciones, y encontrábase con que un liberto le tendía espesa red como á inocente avecilla y desde las alturas por donde volara tanto tiempo la hundía en el abismo cubierto por una perdurable noche. Naturalmente, cuando Mesalina entregaba cualquier tablilla con orden á sus siervos, corrían éstos muy solícitos, en señal de su afán por obedecerla, pero tenían que volverse á una, sin los encargos, detenidos y robados por los vigilantes puestos en el apretado cordón que circuía y cerraba los asediados jardines. La emperatriz se airaba contra ellos y concluía por golpearlos en castigo á no haber cumplimentado sus órdenes. Á veces, en uno de tantos desengaños como la herían y de tantos presagios como la conminaban, revolvíase contra sí misma y se mesaba con furia el cabello. Pero estas ráfagas obscurísimas de triste desesperación solían durar poco, y la confianza en el perdurable durar de sus prestigios sobreponíase á todas las evidencias de su desgracia y le sugerían mil expedientes á cual más vano y mil salidas á cual más imposible. Hallándose la cuidada en uno de tales raptos por la soberbia sugeridos, quedóse como petrificada, helándosele por completo en las venas su ardiente sangre. Todas estas mujeres que son muy hermosas, pero nada buenas, como les falta en su alma, en su interior, en la profundidad

íntima del ser suyo la bondad, suelen á lo mejor, bajo las máscaras más hermosas, revelar toda su fealdad moral y destruir sus propias perfecciones corporales. ¿Qué había pasado? Pues que acababa Mesalina de oír un sollozo. Y este sollozo recién oído por la emperatriz la petrificó; semejándose, con los cabellos erizados, la boca entreabierta, los ojos fijos, las facciones rígidas é inmóviles, el espanto translucido á todas las fibras; pareciéndose, decía, su cabeza, tan hermosa, en aquel estado, á la célebre cabeza de Medusa. Los circunstantes, en cuyos ánimos el sollozo, resonante y creciente, no podía obrar cual obrara en el ánimo de Mesalina, socorriéronla, creyéndola víctima de algún espanto producido por la horrible aparición del mensajero que traía la sentencia de muerte. En efecto, á medida que aquel amargo lloro crecía, se quedaba más rígida y más inmóvil y más petrificada, como una de las estatuas circunstantes, aquella infeliz emperatriz tan probada por los irremediables castigos asestados á sus enormes culpas. El accidente que así la sobrecogía perduró de tal modo, que las siervas hubieron de sacudirla con fuerza para sacarla de su estupor con prontitud. Mas entonces, recobrado el sentido, y con el sentido su natural movimiento, cayó Mesalina de hinojos, tendió al aire los dos brazos, cruzó las manos, echó atrás la cabeza, de la cual se desprendieron las trenzas sobre las espaldas, y solamente acertó á proferir en la vibración de sus labios la palabra ¡perdón! En efecto, Lépidia, madre de Mesalina, era la mujer que lloraba con aquellos espantables sollozos.

— ¡Dioses míos! — exclamó la emperatriz en cuanto sacudiera su primer estupor — ¡mi madre!

— Sí, tu madre — respondió Lépidia, sollozando con mayor fuerza que antes, pero sin lanzarse á los brazos de Mesalina en tal momento ni hacerle una caricia.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! — dijo la emperatriz mil veces, al ver mezclada, con la ternura que revelaban las lágrimas de Lépidia, su rigidez en voz y en actitud.

— ¿Perdón?... Yo te había perdonado, hija de mis entrañas. El corazón de una madre sólo sabe amar. Nunca fuí contigo justiciera; por lo contrario, siempre fuí misericordiosa. Tú, en cambio, mastaste implacable, como infernal furia, en tus devaneos, al padraastro en quien hallaras un padre y al esposo que yo escogiera por

último compañero de mi vida y que me amara con una pasión en la cual se mezclaban intensidad y constancia; pasión bien impropia de nuestro tiempo, y en pago de la cual yo le permaneceré fiel hasta más allá de la muerte.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! — repetía Mesalina, fuera de sí ante la frialdad marmórea con que Lépida, la infeliz, después de haber interrumpido los primeros sollozos y enjugándose las posturas lágrimas, contaba esta horrible tragedia de su historia, en que la hija de sus entrañas inmoló al marido de su corazón.

— ¿Perdón me vuelves á pedir, Mesalina? Yo te perdoné al cometer el crimen, pero los dioses no han querido perdonarte.

— Lépida, ¡cuán crueles! — gritó la emperatriz desesperada.

— Yo había esperado que, dada la condición suya de padres nuestros, te quisieran cual te ha querido tu madre y te perdonaran cual tu madre te ha perdonado. Pero ¡ay! este amor que sentimos las madres por todos los frutos de nuestro vientre, no deben sentirlo á su vez los dioses, según como te persiguen y te castigan.

— ¿No habrá piedad para mí? — preguntó Mesalina en su dolor, mirando, como pudiera mirar veraces augurios, los ojos de Lépida.

— ¡Hija mía! — le respondió Lépida, poniendo gran ternura maternal en su dulce vocativo, — hija mía, lo declaro, mi alma no solía estremecerse tanto al ver la enormidad horrible de los crímenes que perpetrabas como al ver la enormidad del castigo que te atraías. Sonó la hora de tal castigo. Y tu madre, olvidada por completo del daño que le has hecho en recompensa de la vida que te diera, viene tan sólo á despedirte con dolor y á recomendarte patricia dignidad en la muerte.

— ¡La muerte! ¿Qué dices de muerte? Quitadme tal mujer de delante. ¡Oh! Está loca. Tras tantos lustros de ausencia y separación, viene ahora como Euménide infernal á vengar su esposo, matándome con su palabra, más fría que una cuchilla de carnicero. ¡Morir en florida juventud, cuando mis ojos resplandecen como luceros y mi pecho respira con esta felicidad, y la sangre roja hierve á borrones en mis cálidas venas, y el amor enardece todas mis fibras en voraz incendio vital; morir ahora paréceme un absurdo, un contrasentido, un imposible! Los romanos jamás dejarán que al puñal de sus esbirros muera la joven que ha llevado sobre las espaldas gravemen-

te su Imperio. Pues qué, ¿los buriles de sus escultores no han tallado mi efigie sacra en mármoles pentélicos, y colocádola cual una divinidad en puertas de jardines, vestíbulos de templos y encrucijadas de vías? Pues qué, ¿las más ilustres señoras no han grabado en piedras preciosas quadritos donde mi Octavia y mi Británico parecían diocesillos y yo misma la veneranda mujer de Júpiter? Pues qué, ¿no me han vestido con el traje, y no me han adulado con los símbolos de antiguas y castas divinidades cual Juno y cual Ceres? No habría senadores en Roma, ni Pontífices ni cónsules, ni tribunos ni latinos, de consentir la muerte mía y á manos de cuatro libertos. Eso no puede ser, eso no será, mientras quede un solo dios en el Olimpo y un solo mortal en el mundo. Tengo apenas treinta y tres años; vivo en toda la expansión de una juventud robusta y feliz; poseo el amor de un esposo que seguramente preguntará por mí esta noche á la hora de acostarse; he dominado la tierra con mis rescriptos y puesto á mis pies la justicia con mis sentencias: en tal posición, han de forjar aún los dioses el rayo con que pueden acabarme, y han de caer al fuego de mis ojos los esclavos salidos de mis ergástulas que se creen dueños de mis jardines y de mis palacios. ¡Ah de mis guardias, de mis siervos, de mis cortesanos, de mis senadores, de mis jueces, de mis soldados! Rodead todos á vuestra emperatriz, que si puede creerse una diosa es por vuestros homenajes.

— Contempla, Mesalina, cómo ninguna voz amiga responde á tu voz y ninguno de tus antiguos cortesanos surge á tus inútiles palabras. Este silencio te persuadirá, más que mis avisos, á la creencia en tu irremediable abandono. Todos cuantos acudían solícitos á mera indicación tuya se han huído. No quedan junto á ti sino estas infelices, modelo de fidelidad, y tu madre, al cabo madre. Mesalina, recógete dentro de ti para pensar en lo que has hecho y comprender cuanto ahora te pasa. Hija de Barbato, descendiente de César, sobrina de Augusto, nieta de dioses, piensa tan sólo en morir con dignidad como cumple á tu estirpe divina y á tu sangre patricia.

— ¡Morir! ¿Y una madre habla de muerte á su hija? Yo he luchado mucho, pues mi cargo imperial así lo demandaba. Yo he inmolado en este combate por el imperio á todos cuantos quisieron con sus odios destronarme. Yo he ceñido, con cabezas por mi mano